

Alpes á los puntos de comunicacion del enemigo, si despues de haberlos ocupado eran abandonados. Marchar en derechura al frente, atravesar el Pó, y encaminarse á Génova por entre los cuerpos dispersos del ejército austriaco, despreciando á la derecha al general Thurreau, al general Moncey á la izquierda y comprometiendo todas sus comunicaciones, no era acertado, ni digno de la prudencia profunda que habia combinado todas las partes de aquel plan con tanta reflexion como audacia. Ignorábase que reunion de fuerzas podia encontrarse por aquel camino, sacrificábase la línea de retirada á los Alpes, y se dejaba abandonados á sí propios á los generales Thurreau y Moncey, reducidos probablemente á replegarse hácia el monte Cenís y el San Gotardo, despues de arrostrar mil peligrosas aventuras. Preferible hubiera sido socorrer directamente á Massena, por Tolon, Niza y Génova. Segun todas estas consideraciones, no quedaba evidentemente otro partido mas que apoyarse por la izquierda en San Gotardo y Milan, y dar la mano á los quince mil hombres del general Moncey. De esta suerte se unia al ejército su principal destacamento, con lo cual ascendia á sesenta mil el número de combatientes; se ocupaba la capital de la alta Italia; se subleaban los pueblos á retaguardia de los austriacos; se tomaban todos sus almacenes; se ganaba la línea del Pó y todos los puentes de este caudaloso rio, y por último, poniéndose en estado de operar sobre ambas orillas se detenia á Mr. de Melas, cualquiera que fuese el camino que eligiera para escaparse. Cierto que con este plan se retrasaban por espacio

de ocho ó diez dias los socorros que debian darse á Massena, lo cual no dejaba de ser muy sensible: pero el general Bonaparte creía que su presencia en Italia bastaria á librar al ejército de Liguria de todos sus apuros y peligros, porque Mr. de Melas se apresuraria á llamar á sí los cuerpos que atacaban á Génova y al puente del Var, de todos modos los generales Massena y Suchet habian llenado el objeto que les estaba impuesto, reteniendo á Mr. de Melas en el Apenino, fatigándole, agotando sus fuerzas, y sobre todo, impidiéndole cerrar los desfiladeros de los Alpes. Aunque tuviese que sucumbir el defensor de Génova, no hacia mas que consumir la larga série de sacrificios impuestos al noble y malhadado ejército de Liguria para dar feliz cima á una vasta combinacion.

Una vez tomado su partido, dió el general Bonaparte sus disposiciones con la mayor prontitud, y dirigió todo su ejército á la orilla izquierda del Pó. Reunió su parque de artilleria que acababa de ser habilitado; mandó á Lannes que juntase todos los barcos tomados en Chivasso, y los preparase como si se fuese á echar un puente y á pasar al Piamonte. Era su intencion engañar otra vez á Mr. de Melas acerca de sus proyectos, y lo consiguió con tan buen éxito como la primera. A la vista de los movimientos dirigidos por el general Bonaparte, procuró Mr. de Melas lisonjearse hasta el último momento; complaciéndose en creer que los franceses no habian podido bajar por los Alpes sino en corto número, y que si el general Bonaparte, como todo parecia indicarlo, queria solamente cruzar el Pó para entrar en Turin y dar la mano por el monte Cenís al general

Thurreau, se le podía hacer frente, cortando todos los puentes y disputándole el paso del Pó con treinta mil hombres. Concibió, pues, la esperanza de poder defenderse sobre esta línea, sin perder las posiciones ocupadas contra el Var, y el fruto de los progresos hechos delante de Génova. En su consecuencia Mr. de Melas reunió al general Haddick, que había vuelto del valle de Aosta, al general Kaim, situado á la salida de Suiza, á los diez mil hombres que había traído consigo de Niza, y además á un nuevo destacamento sacado del Var, formando así un total de treinta mil hombres, y no suponiéndonos con mayor fuerza, esperó disputar con aquellas tropas el rio que separaba los dos ejércitos.

No quiso el primer consul destruir esta nueva ilusión de su adversario, y dejándole ocupado hácia Turin en aquella semi-concentraci6n de fuerzas, se replegó repentinamente sobre Milan. Lannes que al parecer debia subir por la orilla del Pó para marchar desde Chivasso á Turin, descendió de repente por el contrario por ella, y siguió adelante por Crescentino y Trino hasta Pavia, donde se hallaban los inmensos almacenes de los imperiales, de víveres, municiones y artillería, y la comunicaci6n mas importante, puesto que domina á la vez el paso del Pó y del Tessino. Murat marchó por Verceli hácia Buffalora, y el ejército en masa siguió el movimiento general sobre Milan. El 31 de mayo llegaron nuestras tropas delante del Tessino. Este rio es ancho y profundo: no habia en él barcas para pasarlo, y en la opuesta orilla se divisaba numerosa caballería perteneciente al cuerpo de Wukassowich,

que guardaba el Simplon y aquella parte de los desfiladeros de los Alpes. Detrás del Tessino corre el Naviglio-Grande, anchuroso canal que hasta Milan atraviesa toda la comarca, y el cual sigue durante alguna distancia un curso paralelo al del rio de que forma un brazo, hallándose además muy aproximado á él. Agrupada la caballería enemiga en una lengua de tierra sumamente angosta entre el canal y el Tessino, ejecutaba con dificultad sus movimientos y no podia hacer uso de sus fuerzas. El ayudante general Girard se apoderó de algunas embarcaciones que los aldeanos de las cercanias habian ocultado junto á Galiata, y las cuales se apresuraron á facilitar al ejército. Pasó el rio siguiéndole escaso número de soldados, y se arrojó sobre la vanguardia austriaca. Reforzado sucesivamente por las idas y venidas de aquellas barcas, y apoyado por el fuego de la artillería, rechazó á la caballería, la cual ya no se atrevió á aventurarse demasiado en aquel terreno tan ingrato para ella, y la obligó á pasar otra vez el Naviglio-Grande por un punto denominado el puente de Turbigo. De este modo el ayudante general Girard atravesó de un solo golpe el Naviglio y el Tessino, pero como se presentase el general Wukassowich con la brigada de infantería de Laudon, y tratase de penetrar en la aldea de Turbigo, se vió acometido por cuatro ó cinco mil hombres de infantería, sin que pudiera oponerles mas que algunos centenares de soldados. Por espacio de muchas horas consecutivas se defendió con gran presencia de ánimo y suma bizarria, logrando salvar el puente de Turbigo, cuya pérdida hubiera rechazado á los fran-

ceses mas allá del Naviglio-Grande, y acaso del mismo Tessino. Mientras se defendia tan denodadamente, vino en su socorro el general Monnier, que habia logrado pasar el rio un poco mas abajo, cayó sobre las tropas de Laudon y las arrojó de Turbigo. Quedó, pues, rota aquella linea que habia de contener á los franceses con un mero combate de vanguardia. Al dia siguiente 1.º de junio (12 de pradiel), pasó la division de Boudet por Buffalora, y y el ejército todo se dirigió á Milan. Temiendo Wukassowich ser cogido entre el ejército principal que venia *avanzando* por Lombardia, y el cuerpo de Moncey que bajaba de San Gotardo, se retiró apresuradamente, y dió orden á la brigada de Dedovich, que se hallaba al pie de las montañas, para que se replegara por Cassano detrás del Adda. El mismo fué á buscar refugio detrás del Adda por Milan y Lodi, despues de haber dejado una guarnicion de dos mil ochocientos hombres en el castillo de Milan.

Ningun obstáculo detenia ya al ejército frances y podia entrar en la capital de Lombardia, que hacía mas de un año gemia bajo el yugo de los austriacos. Hasta entonces aquellos infelices italianos no habian oido hablar mas que de los triunfos de Mr. de Melas y de la apurada situacion de los franceses. Las caricaturas del ejército de reserva habian circulado en Milan lo mismo que en Viena y Lóndres, representándolo en ellas como una turba de viejos y niños, armados de palos, montados en burros, y llevando dos trabucos por artilleria. Mientras se ridiculizaba de este modo á la República francesa, lo cual no causaba

grave daño pesaba la mas dura opresion sobre los desgraciados italianos. Los hombres mas distinguidos de Lombardia por sus riquezas ó sus luces, principalmente aquellos que habian tomado parte en los asuntos de la república Cisalpina, gemian en un calabozo en el destierro. Y, cosa digna de notarse, la persecucion habia oprimido menos á los patriotas exaltados, y que eran semejantes á los jacobinos franceses, que á los hombres moderados, cuyo ejemplo podia ser mas contagioso para los pueblos. Esceptuando algunas hechuras del gobierno austriaco, cuyo número era muy limitado, y algunos nobles adictos al partido oligárquico, todo el mundo suspiraba por la vuelta de los franceses; pero nadie se atrevia á esperar aquella vuelta, y mucho menos viendo al baron de Melas que habia avanzado tanto en Liguria y que tan próximo se hallaba á tomar á Génova y pasar el Var, y observando al primer consul tan ocupado, por lo menos en la apariencia, en hacer frente á los peligros de invasion que amenazaban á Francia por la parte del Rhin. Divulgábase ademas entre el pueblo la noticia de que aquel general Bonaparte, tan conocido en Italia, habia muerto en Egipto; que cual otro Faraon se habia ahogado en el mar Rojo, y que aquel cuyo nombre figuraba á la sazón en París era uno de sus hermanos.

Facil es adivinar la sorpresa de los italianos cuando se les anunció de repente la aparicion de un ejército francés en Ivrea, su marcha sobre el Tessino, y por último el paso de este rio. Figúrese la agitacion que reinó en Milan, la multitud de noticias, ora afirmativas, ora negativas, que por

espacio de veinte y cuatro horas dieron pábulo á todas las conversaciones, y la alegría en fin que estalló cuando confirmó esta noticia la presencia del general Bonaparte, marchando con su estado mayor á la cabeza de la vanguardia. El dia 2 de junio (13 de pradial) corrió todo el pueblo á recibir al ejército francés, y reconociendo al ilustre general que tantas veces habia visto dentro de sus muros, le acogió con frenético entusiasmo y como á un salvador bajado del cielo. Los sentimientos de los italianos siempre tan vehementes y espresivos, jamás habian estallado con tanta energia, porque jamás tampoco se habian reunido tantas circunstancias para hacer la alegría de un pueblo tan repentina y profunda. Apenas entró en Milan el general francés, se apresuró á abrir las prisiones y á restituir el gobierno del pais á los amigos de la Francia. Dotó á la república Cisalpina de una administracion provisional, compuesta de los hombres mas respetables. Sin embargo fiel en Italia al sistema que seguia en Francia, no permitió violencia ni reaccion, y al restituir el poder á los italianos de su partido, no les permitió que lo ejercieran contra los italianos del partido contrario.

Despues de consagrar sus primeros cuidados á los negocios de los milaneses, se apresuró á estender sus columnas en todas direcciones, hasta los lagos, hasta el Adda y hasta el Pó, á fin de propagar la insurreccion en provecho de los franceses, apoderarse de los almacenes del enemigo, interceptar sus comunicaciones y cortarle toda retirada. Hasta entonces todo habia salido á medida de su deseo, porque Lannes, que se habia dirigido sobre Pavia,

acababa de entrar en esta ciudad el 4.º de junio y de hacerse dueño de abundantes almacenes. Este general habia encontrado en Pavia los hospitales austriacos, depósitos considerables de granos, forrages, municiones, armas y particularmente trescientos cañones, de los cuales la mitad eran de campaña. Allí se habia proporcionado mucho material de puentes, de que carecian las compañías de pontoneros franceses, y que iban á emplear sobre el Pó. La division de Chabran que habia quedado enfrente de Bard, se habia apoderado de aquel fuerte el 4.º de junio, hallando dentro de él diez y ocho cañones. Despues de guarnecer el general Chabran aquel punto, del mismo modo que á Ivrea, vino á ocupar el curso del Pó, desde el Dora Baltea hasta el Sesia. Lannes le ocupaba desde aquel punto hasta Pavia. El cuerpo del general Bethencour, que venia del Simplon, se situó delante de Arona, hácia la punta del lago mayor. La legion italiana se dirigió por Brescia en persecucion de los austriacos que se retiraban apresuradamente. Al mismo tiempo las divisiones de Duhesme y Loison pasaban el Adda y se dirigian á Lodi, á Crema y Pizzighittone. El general Wukassowich no queriendo ya guardar el Adda se retiraba detras del Mincio, bajo los fuegos de la artilleria de Mantua.

Nada detenia ya la marcha del general Moncey, si se exceptua la dificultad de vivir en los áridos valles de la alta Suiza. Acababan de asomar sus primeras columnas; pero era preciso esperar á las demas por espacio de algunos dias, y este era el mayor inconveniente de la situacion, pues importaba darse prisa si se queria evitar que cayera

Génova en manos de los austriacos. El general Bonaparte tenia ya la seguridad de reunir todas sus columnas, escepto una sola, la del general Thurreau, que se hallaba atrincherado en el desfiladero del monte Cenís, sin poder pasarle. Por lo demas nuestro ejército se hallaba en una excelente posicion en medio del Milanesado, teniendo asegurada su retirada por el monte Cenís, el San Bernardo, el Simplon y el San Gotardo, dueño del Adda, del Tessino y del Pó, sustentándose con los almacenes de los austriacos; interceptándoles todos los caminos, y en disposicion de darles una batalla decisiva, despues de la cual, si eran vencidos, no les quedaba otro recurso que entregar las armas. Si llegaba á rendirse Génova, seria un accidente funesto, en primer lugar para el valiente ejército que la defendia, y funesto tambien porque el cuerpo austriaco de asedio, acudiria á reforzar al general Melas, haciendo de este modo mas difícil la gran batalla que debia terminar la campaña. Pero si el general Bonaparte alcanzaba la victoria, Génova é Italia quedaban reconquistadas de un solo golpe. Sin embargo tenia en mucho la salvacion de Génova; pero no habia que esperar la reunion del cuerpo de Monecy antes del 5 ó 6 de junio, y de consiguiente que Génova pudiese sostenerse hasta aquella época.

El baron de Melas, en virtud de las últimas noticias habia descubierto todo y veia á su adversario dentro de Milan, dando la mano á todas las columnas que iban bajando sucesivamente de los Alpes, y comprendia ahora el vasto plan urdido contra él. Para colmo de desdicha acababa de saber los desastres de Mr. de Kray y su retirada de

Ulma. Renunció en fin al sistema de tomar disposiciones á medias, y dió la órden imperativa al general Elsnitz de avanzar el puente del Var, mandando al general Ott que renunciase al sitio de Génova, para que ambos se reuniesen en Alejandria. Esto era lo que el general Bonaparte habia esperado para la salvacion de Génova; pero estaba decretado que el noble y desgraciado ejército de Liguria pagase hasta el fin con su sangre, con sus padecimientos y en fin con una rendicion dolorosa los triunfos del ejército de reserva.

El carácter firme de Massena se habia sostenido hasta el último punto. *Antes de rendirse*, decian los soldados, *nos dará á comer hasta sus botas*. Habiéndose acabado todas las reses, comian carne de caballo, y cuando esta faltó, se alimentaban con la de los animales mas inmundos. Fué devorado así mismo el miserable pan hecho con avena y habas. Desde el 23 de mayo (3 de pradiel), se vió Massena en la necesidad de recoger el almidon, la linaza y el cacao existentes en los almacenes de Génova, y dispuso que se amasase un pan que apenas podian tragar los soldados, y que muy pocos de ellos lograban digerir. Casi todos iban á atestar los hospitales. Reducido el pueblo á una sopa de yerbas por único alimento, sufria todas las angustias del hambre. Las calles estaban sembradas de infelices que morian de inanicion y de mugeres estenuadas que esponian á la caridad pública los hijos á quienes no podian alimentar. Otro espectáculo espantaba á la ciudad y al ejército, y era el gran número de prisioneros que habia hecho Massena, y á los cuales no tenia alimento que darles. Se resistia á ponerlos en li-

bertad bajo palabra, despues de haber visto á los que de este modo la habian obtenido, aparecer nuevamente en las filas enemigas. Propuso pues al general Ott y en seguida al almirante Keith que le suministrasen los víveres necesarios para el consumo diario de estos prisioneros, empeñando su palabra de honor de que no distraeria la mas pequeña parte para la guarnicion. Bien merecia crédito la palabra de un hombre como Massena; pero era tan grande el encarnizamiento contra él que se resolvió imponerle la carga de alimentar los prisioneros aun cuando hubiesen de sufrir crueles privaciones. De modo que los generales enemigos cometieron la barbarie de condenar sus soldados á los terribles tormentos del hambre por aumentar la miseria de Génova, dejando en su recinto algunos miles de bocas mas que necesitaban alimento. Massena dió á estos prisioneros la sopa de yerbas que repartia á los habitantes, alimento asaz insuficiente para hombres robustos, y habituados á la abundancia en las ricas campiñas de Italia, asi es que siempre estaban en visperas de sublevarse, pero para quitarles este pensamiento, mandó Massena encerrarlos en cascacos viejos de buques, colocados al efecto en medio del puerto, y en los cuales habia constantemente asestada contra ellos una formidable artilleria pronta á vomitar la muerte. Aquellos infelices lanzaban horrosos ahullidos que conmovian á la poblacion toda, ya sobrado afectada con sus propios padecimientos.

Mermaba de dia en dia el número de nuestros soldados, se les veia espirar en las calles y habia sido necesario permitirles sentarse al montar las

guardias, pues tal era el estado de debilidad en que se encontraban. Desalentados los genoveses no prestaban ya el servicio de la guardia nacional, temiendo ser comprometidos cuando el partido oligárquico viniera en pos de los austriacos, lo cual no tardaria en acontecer; de vez en cuando anunciaban sordos rumores que la desesperacion de los habitantes iba á estallar, y para evitar su esplosion ocupaban algunos batallones las principales plazas con los cañones cargados.

Massena imponia al pueblo y al ejército con su actitud impasible. El respeto que inspiraba este héroe comiendo el horrible pan de los soldados, viviendo con ellos bajo el fuego del enemigo, y soportando ademas de sus padecimientos físicos, los desvelos del mando con inalterable firmeza, tenia á raya á todo el mundo, egerciendo en medio de la desconsolada Génova el ascendiente de una alma sublime.

Sin embargo, un resto de esperanza sostenia todavía á los sitiados. Muchos ayudantes de campo del general habian atravesado el bloqueo á costa de grandes esfuerzos, y traído algunas noticias. Los coroneles Reille, Franceschi y Origoni habian pasado, y averiguado, ora que el primer consul se ponía en camino, ora que pasaba los Alpes. Uno de ellos, Franceschi, le habia dejado bajando el monte de San Bernardo; pero desde el 20 de mayo no se habia vuelto á recibir noticia alguna suya. Diez ó doce dias transcurridos en esta situacion parecian siglos, y todos se preguntaban con desesperacion como podia ser que en diez dias no hubiese podido atravesar el general Bonaparte el espacio que separa los Alpes

del Apenino. Tal como le conocemos, decían, á estas horas es vencedor ó vencido; sino llega consiste en que ha sucumbido en esta empresa temeraria. Si hubiera podido bajar á Italia, habria ya logrado separar al general austriaco de los muros de Génova. Otros creían que el general Bonaparte habia considerado al ejército de Liguria como un cuerpo sacrificado á una operacion importante; que solo habia aspirado á una cosa, cual era detener al baron de Melas en el Apenino, pero que conseguido este objeto, no pensaba ya en levantar el bloqueo, y se proponia otro plan mas vasto.—Pues bien, añadian los genoveses y nuestros mismos soldados, si nos han sacrificado á la gloria de la Francia, sea en buen hora, pero una vez conseguido el objeto, ¿porqué se pretende que espire hasta el último de nosotros? ¡Si al fin cayésemos bajo el fuego del enemigo con las armas en la mano, en hora buena; pero morir de hambre y de enfermedad, es cosa imposible! Ya ha llegado la hora de rendirse.—Muchos soldados llevaron su desesperacion hasta el punto de romper sus armas. Anuncióse al mismo tiempo un complot fraguado por algunos hombres estraviados por sus largos padecimientos. Massena les dirigió una brillante proclama en la que les recordaba las obligaciones del soldado que consisten no solo en soportar las privaciones y padecimientos, sino tambien en arrostrar los peligros, presentándoles el ejemplo de sus oficiales que comian los mismos alimentos y caian diariamente muertos ó heridos al frente de sus filas. Deciales además que el primer consul venia avanzando con un ejército para libertarlos; que si

capitulaban era perder en un instante el resultado de dos meses de esfuerzos y heroismo. Aguardad algunos dias mas, les decia, tal vez algunas horas, y os vereis libres despues de haber prestado eminentes servicios á la patria!

A cada rumor, á cada ruido que resonaba hácia el horizonte creían todos oír el estampido de los cañones del general Bonaparte. Cierta dia se persuadieron de que tronaba la artilleria en la Bochetta; por todas partes cundió un gozo frenético, y el mismo Massena se trasladó á las murallas. Vana ilusion, era el ruido de una tempestad en las gargantas del Apenino, y todos volvieron á caer en el mas silencioso abatimiento.

En fin el 4 de junio no quedaban ya mas que dos onzas para cada hombre de ese pan horrible hecho de almidon y cacao. Era, pues, preciso entregar la plaza porque no se podia reducir á nuestros infelices soldados á devorarse unos á otros y la imposibilidad material de existir ponía un término inevitable á la resistencia. Por otra parte el ejército tenia el íntimo convencimiento de haber hecho cuanto se podia exigir de su valor, y segun esta creencia, no estaba ya cubriendo las Termópilas de Francia, sino sirviendo para favorecer una maniobra, que á la sazón debia haber tenido ya un éxito feliz ó desgraciado. Comenzaba á creer sobre todo que el primer consul pensaba mas en estender sus combinaciones que en socorrerlo. Massena participaba de esta misma opinion sin confesarlo; pero no consideraba llenar completamente sus deberes, sino hasta despues de haber apurado el último recurso posible de la resistencia. Consumidas ya aquellas dos misera-

bles onzas de pan que habian quedado por plaza, forzoso era rendirse, y resignóse en fin á este sacrificio con el mas amargo dolor.

Habia enviado el general Ott un parlamentario, porque no urgía menos á los austriacos que á los franceses acabar pronto. Aquel general tenia en efecto órdenes terminantes de levantar el sitio de Génova, para replegarse sobre Alejandria. Aquellas ofertas del enemigo, segun dicen algunos historiadores, debian dar luz á Massena sobre su verdadero estado. Indudablemente sabia que aguardando un dia ó dos mas acaso seria socorrido; pero no contaba con aquellos dos dias. —Dadme, decia á los genoveses, dos dias de viveres, y os libro del yugo austriaco y á mi ejército del dolor de rendirse.

Por último el 3 de junio se vió obligado Massena á entrar en negociaciones. Hablábase de capitulacion, pero él rechazó semejante idea hasta el punto de no permitir que volviera á ser mentada. Quería que el ejército pudiera retirarse libremente con armas y bagages, á banderas desplegadas y con facultad de servir y luchar cuando hubiese pasado la linea de los sitiadores. —En caso contrario, decia á los parlamentarios austriacos, saldré de Génova con las armas en la mano, me presentaré en vuestro campamento con ocho mil hombres hambrientos y pelearé hasta abrirme paso. —Los sitiadores consentian en dejar partir la guarnicion siempre que Massena quedase prisionero, pues temian que al dirigirse aquella guarnicion desde Génova á Savona, con semejante gefe á la cabeza, se reuniria á las tropas de Suchet, é intentaria alguna otra empresa temi-

ble á retaguardia del baron de Melas. Para calmar la indignacion de Massena se le confesó el motivo, tan honorífico para él, de aquella condicion; pero él no quiso volver á oír hablar de semejante asunto. Entonces pidieron que la guarnicion se retirase por mar á fin de que no tuviera tiempo de incorporarse á las tropas de Suchet. A todas estas proposiciones opuso su respuesta acostumbrada, á saber que se abriria paso. Por último consintieron en dejar pasar por tierra ocho mil hombres, es decir, todos los que aun podian sostener el peso de sus armas. Los convalecientes habian de ser sucesivamente embarcados y trasladados al cuartel general de Suchet. Quedaban cuatro mil enfermos á quienes los austriacos se comprometian sustentar, cuidar y restituir en seguida al ejército francés. Se les dejó al general Miollis para mandarlos. Massena no descuidó en sus estipulaciones los intereses de los genoveses, antes por el contrario, exigió como condicion espresa que ninguno de ellos fuese perseguido por sus opiniones durante nuestra ocupacion y que las personas y las propiedades fueran fielmente respetadas. Mr. de Corbetto, célebre genovés, despues ministro en Francia, fué admitido á aquellas conferencias, y tuvo ocasion de presenciar los esfuerzos hechos en favor de los genoveses. Massena exigió ademas que se les dejase su gobierno actual que debian á la revolucion francesa, pero los generales austriacos se negaron á contraer ningun compromiso sobre este punto. —Bien está, les dijo Massena, haced lo que os plazca, pero os declaro que antes de quince dias estaré de vuelta en Génova. —¡Palabras

proféticas á las que el oficial austriaco, Mr. de Saint-Julien dió esta respuesta noble y delicada. —Hallareis en esta plaza, señor general, hombres á quienes habeis enseñado á defenderla!

En la mañana del 4 de junio se celebró la conferencia definitiva en una capilla situada en el puente de Cornigliano. El artículo que tenia por objeto conducir á una parte del ejército por tierra, dio margen á otra dificultad; pero no presentándoles Massena mas alternativa que la de acceder á lo que él deseaba, ó sostener al dia siguiente un combate desesperado, hubieron de acceder los generales austriacos, y se estipuló que aquella misma tarde quedaria firmado el convenio de evacuacion del cual se habia eliminado cuidadosamente la palabra capitulacion. Por lo demás; admirados los oficiales enemigos de la conducta del general francés le prodigaron toda clase de consideraciones y muestras de respeto.

Llegada la noche, todavia vacilaba Massena en firmar el convenio, pues no habia perdido las esperanzas de ser socorrido de un momento á otro. En fin cuando ya no pudo diferirlo sin faltar á la palabra dada, otorgo su firma. En la mañana siguiente salieron nuestras tropas con el general Gazan á la cabeza, y se hallaron razones en la avanzada del enemigo. Massena se embarcó para llegar mas pronto al cuartel general de Suchet, saliendo del puerto en un buque que llevaba izada la bandera tricolor y bajo las balas de la escuadra inglesa.

Así concluyó este sitio memorable, durante el cual acababa de señalarse un ejército francés por sus relevantes virtudes y servicios, habiendo he-

cho mas prisioneros y muerto mas enemigos que soldados contaba en sus filas. Con quince mil hombres habia apresado ó puesto fuera de combate á mas de diez y ocho mil austriacos, y sobre todo habia destruido la fortaleza de ánimo del ejército imperial, obligándole á esfuerzos continuos y extraordinarios. ¿Pero se quiere saber á cuánta costa habia dado cima á tales hechos la denodada guarnicion de Génova? De quince mil combatientes habian muerto tres mil atravesados por las balas enemigas; otros cuatro mil habian sido heridos gravemente; y solo ocho mil iban á incorporarse al ejército activo. Soult, segundo de Massena, habia quedado en poder del enemigo, despues de recibir un balazo en una pierna. De tres generales de division, uno de ellos, Marbot, habia muerto de epidemia, y otro, Gazan, habia sido gravemente herido. De seis generales de brigada salieron heridos cuatro, Gardanne, Petiot, Fressinet y Arnaud. De doce ayudantes generales, fueron heridos seis, uno prisionero y otro muerto. Dos oficiales de estado mayor, fueron muertos, siete prisioneros y catorce heridos. De diez y siete coroneles, once quedaron fuera de combate ó hechos prisioneros. La misma suerte cupo á las dos cuartas partes de los oficiales. Se vé, pues, que solo dando ejemplo de abnegacion y heroismo, fué como los gefes de aquel brillante ejército le sostuvieron en medio de pruebas tan duras y dificiles. Por lo demas el ejército se mostró digno de los que le mandaban, y jamás el soldado francés desplegó tanta constancia y heroismo. ¡Gloria, pues, á las tropas desgraciadas, pero valientes, que con su ilimitado herois-

mo contribuyeron á los triunfos de las tropas valientes, pero afortunadas, cuyas hazañas vamos á referir ahora!

Mientras que estrechado el general Ott á levantar el sitio de Génova, concedía á Massena las honrosas condiciones, de que hemos hablado, el general Elsnitz, llamado por orden del baron de Melas, abandonaba el puente del Var. Tardios fueron los ataques que los austriacos dirigieron contra este punto, porque su artillería de grueso calibre, transportada por mar, se había hecho aguardar largo tiempo. Hiciéronse sucesivamente varias tentativas en los días 22 y 27 de mayo, y la última sobre todo fué un verdadero arranque de desesperación del general Elsnitz, que antes de retirarse, no quiso perdonar esfuerzo alguno. Estos ataques fueron vigorosamente rechazados. Conociendo el general Elsnitz que no le quedaba probabilidad alguna de triunfo, pensó al fin en volver á pasar los montes; pero cómo penetrarse Suchet con una ojeada rápida y certera las intenciones del general austriaco, tomó sus medidas para no dejarle efectuar con seguridad su retirada. Conoció perfectamente, que maniobrando siempre por la izquierda, á lo largo de los montes, pondría á los austriacos en una situación peligrosa, y conseguiría probablemente cogerles algún cuerpo destacado. Con efecto, fuera de la línea del Var que había detenido la invasión, se extiende paralelamente la línea del río Roya, cuyo nacimiento se halla en la misma garganta de Tenda. Si, adelantándose los franceses mas allá del Var, llegaban antes que los austriacos á las fuentes de Roya, se hacían dueños de la

garganta de Tenda, y obligaban á sus adversarios á correr á lo largo de las cumbres del Apennino para encontrar allí paso. Pensamiento tan acertado, y con bizarría llevado á efecto, no pudo menos de proporcionar al general Suchet los mas ventajosos resultados. Empezó por desalojar de Ronciglione al general Gorupp, continuó marchando con presteza por su izquierda, sobre la derecha de los austriacos puestos en movimiento, se apoderó sucesivamente de la garganta de Rauss, que dá paso desde el valle del Var al del Roya, tomó el famoso campo de las Mil-Horcas, y dueño de la garganta de Tenda, se encontró situado el día primero de junio, en la línea de retirada del general Elsnitz. Rechazado y puesto en desorden el general Gorupp, hácia la parte alta del Roya, aun tuvo espacio para llegar á la garganta de Tenda, si bien dejando en el camino muchos muertos y prisioneros. El general Elsnitz con el resto de su ejército, no tuvo mas recurso que seguir la vertiente marítima del Apennino hasta Oneille, y retroceder por Pieva y Santiago al valle de Tánaro. Tenía que atravesar formidables montañas, con soldados desalentados por aquella especie de fuga, y perseguidos por un enemigo que pasaba con gusto de la defensiva á la ofensiva. Por espacio de cinco dias consecutivos, fueron perseguidos los austriacos sin descanso, sufriendo continuos descabros: y por último el 6 de junio cuando llegó el general Elsnitz á Ormea, el número de sus tropas estaba reducido á diez mil hombres. El día 7 se hallaba en Ceva. El general Gorupp se había retirado con una débil división, calculándose en diez